

000200141

LIBROS Y AUTORES

7378

0490

TESTIMONIO

La última yagana

"Rosa Yagán", por Patricia Stambuk M.
Editorial Andén Bello, Santiago, 1986.
111 pp.

"Todos me conocen como Rosa, porque así me bautizaron los misioneros ingleses. Pero me llamo Lakutai le kipa. Lakutai es el nombre de un pájaro y kipa quiere decir mujer. Cada yagán lleva el nombre del lugar donde nace y mi madre me trajo al mundo en Bahía Lakutai. Así es nuestra raza: somos nombrados según la tierra que nos recibe." Palabras de una mujer indígena fueguina, que no tiene edad, porque no sabe realmente cuándo nació, y que testimonia la voz de uno de los últimos elaborados aborigenes australes que se extinguieron.

Patricia Stambuk, una periodista magallánica, dio un día en una sala común del hospital de Punta Arenas con Rosa o Lakutai le kipa. Aquejada de una antigua dolencia pulmonar, la mujer yagana "estaba sentada en una cama blanca, de fierro, y teja un par de medias amarillas. Era tan dramáticamente distinta a los demás pacientes", cuenta la investigadora, que decide entonces la visitarla sus buenos meses, grabadora en mano, dispuesta a conversar con un personaje como sacado de una leyenda.

El resultado es *Rosa Yagán*, un libro que relata la vida y pasión de la protagonista. Es ella misma, la mujer yagana, la que habla en primera persona, haciendo referencia a sus costumbres y tradiciones y a su especialísima manera de vivir en un mundo que, después de todo, no parece ni indígena ni primitivo, sino más bien una realidad edénica y ríquida, rodeada siempre de una naturaleza geográfica singular y fina ca.

Rosa Yagán parece vivir en una época lejana, en un estado de aforamiento permanente, mostrando su crítica y su dolor por lo que ha perdido su raza: "Ahora los muchachos van al colegio, pero no trabajan ninguna cosa y ni siquiera saben picar y sembrar papas, lechugas, nabos o repollos, para cambiárselos por otros alimentos. ¡Estamos tan ricos y ahora somos tan pobres!"

De la canoa a la televisión

Esta última mujer yagana aprendió el alfabeto de sus antepasados, creció junto al mar salvaje de Tierra del Fuego y de la isla Navarino. Se alimentaba comiendo carne de ballena o bebiendo aceite de lobo. En la canoa de su padre —una canoa de tronco escarbado con hacha— se hacia a la mar dispuesta a cazar nutrias o arponcar

□ Rosa Yagán, protagonista de una raza fueguina que se extingue.

□ Entre las costumbres y las paradojas de una vida indígena en el fin del mundo.



Rosa Yagán, una mujer viviente.

cachalotes ("y hasta hoy me gusta andar en chalupa de un lado para otro, porque así es la naturaleza de la raza"). La canoa era, sin duda, su vivienda diaria y un recorrido marítimo territorial.

Resalta interesante, y muchas veces llama a perplejidad, lo minucioso en el detalle familiar y doméstico que a cada página se describe y, al mismo tiempo, la agilidad mental de una mujer que debe tener un siglo de años, sin perder memoria ni gracia. Puede ser también un acierto de la periodista, que ha sabido utilizar y recrear estas directas conversaciones con su entrevistada. Testimonios que rescatan un material antropológico y etnológico de primera mano.

Entre su ingeniosidad y su sabiduría, Rosa Yagán deja de manifiesto su orgullo de raza, aunque se lamentará que el alcohol o la prostitución hayan contribuido a extinguirla. Males de un contacto foráneo que hasta difundió la leyenda negra de que se alimentaban de carne humana: "Los

extranjeros llegan a tomar fotos a Únika, para decir después: ésta es yagana, como gente y andan en canoas, aunque ni un yagán sepa hacer una canoa desde hace muchos años".

Ritos y tradiciones yaganes se revelan una vez más en sus costumbres y ceremonias que Rosa Yagán vivió por personal experiencia: el rito de iniciación a la pubertad, el hábito de pintarse la cara con barro de color para el matrimonio (mientras el hombre que pedía a la novia llevaba leña a la puerta de la casa) o de pasearse con rayas negras y blancas para indicar el duelo en caso de muerte de un familiar. "Todo eso es ya historia de un pasado que científicos e inves-

tigadores (Martín Guirre, entre ellos) han recogido en numerosos documentos, pero que tiene ahora en esta mujer un alcance directo y conmovedor.

Sin embargo, hay en ella —yagana mestizada— sus curiosidades y paradojas: sin abandonar su lengua natal, sabe saludar, pedir el sé o dar las gracias en idioma inglés, aprendido en sus relaciones con los primeros misioneros y extranjeros llegados a aquellos lugares. Tampoco conocía la radio, "pero cuando los marineros hacían Pucón Williams, ahí supimos cómo era". Puede tanto describir una canoa como comentar un programa de televisión, e incluso mencionar el cometa Halley que vio con su madre en 1910. Y todavía más, cuando a Rosa Yagán le preguntan si es yagana pura, ella quisiera contestarles: "No, señor, yo llegué de Norteamérica".

Esta misma mujer es ya un mito yagán viviente y una raza que, aunque se extingue, testimonia una vida en el fin del mundo.

Jaime Quezada ■

1942 43

DATI LA, 11 febrero 1987
Nº 14.09

La última yagana [artículo] Jaime Quezada.

AUTORÍA

Quezada, Jaime, 1942-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La última yagana [artículo] Jaime Quezada. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)